

HOMILIA – FUNERAL HERMANO JOSÉ MARÍA LITAGO CHUECA
San Asensio, 1 de mayo de 2017

H. José Román Pérez Conde, Visitador Auxiliar

LECTURAS: Hechos de los apóstoles 6,8-15; Juan 6,22-29:

Queridos celebrantes, Hermanos, en especial Hno. José Ramón, familiares y conocidos del H. José María.

Es justamente el H. José María quien nos ha convocado a esta celebración. Se nos fue cuando apuntaba el sábado y, al finalizar este largo fin de semana, en la fiesta de San José Obrero le despedimos. Hoy, 1 de mayo, en este tiempo radiante de Pascua de Resurrección, en plena manifestación de la primavera, en medio de los viñedos, cuyas cepas se inundan internamente con la savia recién generada que irrumpe con vitalidad sorprendente, a pesar de las heladas, nos encontramos junto a los restos de quien ha sido nuestro familiar, Hermano y conocido, para dar gracias a Dios por su vida.

Vida en plenitud y muerte se entrelazan en un contraste que nos recuerdan nuestra fragilidad y finitud. Sin embargo, como seguidores de Jesús, resucitado por Dios, no nos limitamos a asistir pasivamente resignados a una despedida resultado de la muerte, sino que, confiando en Dios, que confirma con la resurrección el estilo de vida y el mensaje de Jesús, queremos acompañar con amor y con nuestra plegaria al H. José María, en esa misteriosa cita con el Señor de la Vida.

A pesar de la tristeza por su ausencia no vamos a dar lugar a la desolación ni tampoco nos vamos a dejar tentar por la desesperanza. Nuestra celebración eucarística manifiesta que celebramos la acción de gracias por la vida, llenos de confianza: “En tus manos, Padre de bondad, confiamos la vida del H. José María”. Lo mejor que podemos hacer, con nuestra fe débil y en medio de dudas, es elevar nuestra invocación humilde a Dios y expresar nuestro afecto a nuestro Hermano. Algo así como *“Te seguimos queriendo, pero ya no sabemos cómo encontrarnos contigo ni qué hacer por ti. Nuestra fe es débil y no sabemos rezar bien. Pero te confiamos al amor de Dios, te dejamos en sus manos. Ese amor de Dios es hoy para ti un lugar más seguro que todo lo que nosotros te podemos ofrecer. Disfruta de la vida plena. Dios te quiere.”* (J. A. Pagola)

Las lecturas que acabamos de proclamar son centrales en este tiempo de Pascua, y nos introducen en el acontecimiento central de nuestra fe: la Resurrección de Jesús, primicia de la nuestra y, por lo tanto, garantía de la resurrección de nuestro H. José María. El texto de los Hechos de los Apóstoles nos narra el arresto de Esteban. Es una descripción detallada de la disputa que surge por el contenido de su predicación y que le conduce a la muerte, convirtiéndose así en el primer seguidor de Cristo a quien le toca asumir su mismo destino. Los motivos que le llevan a la muerte reproducen las acusaciones hechas al mismo Jesús. Creer en el Señor resucitado trae consecuencias en la vida personal de los que le siguen.

En el Evangelio nos encontramos con un texto que es continuación del relato de la multiplicación de los panes e introduce lo que denominamos el discurso sobre el pan de vida. Es un texto que llama la atención por la frialdad que muestra Jesús. No se siente halagado por la multitud. Dice con claridad que no le buscaban a él, sino que se

interesaban por los beneficios que podían sacar de él. Búsqueda interesada y egoísta. Jesús, acreditado por el Padre con el sello de su autoridad, es el alimento.

El seguimiento de Jesús ha de ser aceptado de forma personal y no obligada. Jesús nos cuestiona acerca del porqué de nuestra búsqueda: ¿Buscamos a Jesús mismo, por lo que él significa para dar sentido a nuestras vidas o lo hacemos por los beneficios? Su testimonio nos llama a centrarnos en el plano del signo comprometido y no de los milagros. Y es por eso, que nuestra fe en Jesús no puede ser una afirmación de los contenidos de la fe dejando insensible a nuestro corazón y a nuestra vida.

Confesar que Jesús ha resucitado, no es sólo un dogma de fe sino una confesión que tiene profundas implicaciones en nuestra vida. También nosotros estamos llamados a la vida resucitada de Jesús, nuestro hermano mayor, nuestro compañero de camino. Y creemos que el Dios fiel que resucitó a Jesús, también ha sido fiel con nuestro hermano José Mari más allá de su muerte. Podemos decir que su vida, con sus alegrías y sus penas, con sus esperanzas y oscuridades está ahora con Cristo junto a Dios.

El H. José María Litago nació en Buñuel, Ribera de Navarra, el 15 de octubre de 1928. Por lo tanto, el próximo otoño hubiera cumplido 89 años. Sus padres se llamaban Urbano y Quintina. Precisamente el nombre religioso del H. José María fue Javier Urbano. Suponemos que eligió Javier por su condición de navarro y, Urbano, por su amor filial. El H. Fermín, José Huarte Litago, era su primo carnal y tenía año y medio más que él.

El H. José María concluye la etapa de la infancia con su ingreso en el Noviciado Menor de Irún, tras un brevísimo paso por la casa de formación de Bujedo (Burgos). Hacía muy poco que se había creado el Distrito de Bilbao, diciembre de 1939, y le tocó el traspaso de los formandos del Distrito a Irún. Eran los años de la posguerra. Siguió el proceso formativo habitual en La Salle enea de Irún: postulante, noviciado... hasta que, una vez concluido el escolasticado, en el año 1946, fue destinado a su primera comunidad en el Colegio de Santiago Apóstol de Bilbao. Allí pasa media docena de años; precisamente el mismo número de cursos que desempeño como educador en el Colegio San Marcial de Irún, que fue su siguiente destino.

De la ciudad fronteriza, por el año 1958, recalca en la comarca de Urola Garaia; durante una veintena de años, el H. José María se emplea a fondo como Hermano educador en el Colegio del Buen Pastor, en Legazpia. Desde esta época en que es conocido por sus antiguos alumnos como Hermano Javier, surgen una serie de vocaciones lasalianas, testimonio del excelente trabajo pastoral realizado y de su cercanía a los alumnos.

En las conversaciones con aquellos grupos de jóvenes, hoy padres de familia, acerca del H. Javier no faltan las alusiones a partidos de fútbol con los alumnos en el embarrado patio del colegio, luciendo como equipamiento la sotana y las botas chirucas; los magníficos campamentos de verano en Irache (Navarra) que preparaba con todo lujo de detalles; las películas que proyectaba en el cine colegial. Recuerdo que en una ocasión estaban entrevistando a quien había recibido el galardón a la mejor fotografía de los premios Goya. Tras recibir el galardón fue entrevistado y a la pregunta sobre el origen de su afición por el cine, respondió: *“Ya sabe que estudié en La Salle Legazpia. Allí pasaba horas y horas en la cabina de proyección con el H. Javier. Esa fue mi primera escuela de cine”*. En reiteradas ocasiones miembros del cine-club de Legazpia han mostrado su sincero

agradecimiento y lo han plasmado por escrito.

Después de su estancia en las tierras altas de Gipuzkoa, al final de la década de los setenta (1978), fue a recalar al Colegio Mayor de Zaragoza. Estamos seguros de que su experiencia en la gestión, el trato con proveedores, la iniciativa... le fueron de gran utilidad. Pero para acercarse a su penúltima estación remontó el Ebro, aguas arriba, desde el Pilar hasta la Virgen del Burgo. Allí, en Alfaro, en la Rioja Baja, lindando con su querida Navarra, permaneció durante más de tres décadas, casi 34 años.

Cuenta un Hermano, que cuando asumió la dirección del Colegio La Salle – El Pilar de Alfaro, lo primero que hizo fue dar una vuelta por las dependencias del Colegio y, a continuación, por el pueblo con H. José María como “cicerone”. La visita fue muy interesante, y algo le quedó claro que todas las personas, sin excepción, con las que se encontraron, eran en opinión de José Mari sensacionales. En ningún momento hubo una mala palabra ni una crítica de nadie. Su implicación y servicio a las personas le llevaban a ver en ellas lo positivo por encima de otras cosas.

Y cuando el H. José María dejó de dar clase siguió sirviendo con igual generosidad al proyecto educativo desde la secretaría. Y el partido de las tardes con los alumnos lo cambió por la bicicleta estática y los paseos de los fines de semana, por la banqueta del canal junto al Ebro.

Cada vez que entraba en el Centro, nada más cruzar el umbral, allí me topaba con el H. José María, en la recepción y secretaría. Su generosidad y su servicio desinteresado también han sido remarcables fuera de las aulas: atención al teléfono, fotocopias, atención a las puertas, cuidado de archivos, fichas, preparación de refrigerios en la sala de profesores, acogida a las familias... y su presencia constante, la pastoral de la cercanía. En la vida de comunidad ha sido un Hermano atento y diligente. Desde luego, un buen ejemplo para los que quieren entender qué es eso de la vida fraterna.

Una anécdota significativa que nos da cuenta de la manera de ser de José Mari es la que le sucedió cuando en autobús, volviendo de Pamplona de visitar a su hermana, el conductor a la hora de cobrarle le pidió el carnet de jubilado. Y él, ni corto ni perezoso, le respondió: *“Yo, el único carnet que tengo es el del Osasuna; soy navarro bardenero”*.

De esta anécdota podemos fácilmente entender lo mucho que le costaba salir de su terruño y en las escasas ocasiones que lo hacía era para visitar a su familia, a la que profesaba gran afecto, y para algunos encuentros comunitarios. Quienes vivieron junto a él en sus últimos cursos, bien saben cuánto le costó dejar Alfaro. Con el paso de los años, constatando que su salud menguaba e intuyendo que se le podría destinar a La Estrella, cada vez que me hacía presente en la Comunidad, se ponía nervioso hasta que se disipaba la incertidumbre, luego se tornaba hablador y ocurrente. Cuando la situación de salud lo exigió, en enero del 2015, se integró en la Comunidad de la Sagrada Familia de San Asensio.

Aquí su vida ha estado bastante limitada y, aunque nos cueste entenderlo, se ha preparado para el viaje definitivo, para atracar en ese lugar que el corazón del Padre tiene reservado con un cartel que lleva todos y cada uno de nuestros nombres. El H. José María, prostrado en su habitación, cada vez que quería llamar o reclamar la presencia de alguien,

gritaba desde su silla de ruedas: “*Compañera, compañero*”. Apelativo muy adecuado en este primero de mayo.

No quiero concluir estas palabras sin agradecer de corazón al personal que ha cuidado y mimado al H. José María este último par de años y a la Comunidad de La Sagrada Familia, hogar atemperado en la lumbre de la fraternidad.

Este sábado pasado te fuiste H. José María. ¡Hasta pronto “compañero”, “hermano”! El Misericordioso te ha recibido con un abrazo eterno y con ese caramelo de gloria del que tanto disfrutabas. Hermano José Mari, ¡descansa en el Amor de Dios!